

EN LAS HORAS PREVIAS

Fragmento - Capítulos 1 y 2

José Matas Crespo

1. Desde ese instante decisivo

Han pasado muchos años, demasiados quizá, de aquellas decisiones aún presentes, como si el tiempo fuera incapaz de sepultar cuanto procuré, cuanto permití o callé. Desde entonces, permanece en mí la amargura de saber, de aceptar, que no fui completamente sincero —ni siquiera conmigo mismo— y por esa grieta rezuma el liquen, la marca indeleble, que dejan los dilemas cuando uno se ve obligado a elegir. Jamás se es por entero transparente, ni limpio, ni íntegro a la manera —tan idealizada, tan ajena— de los héroes de ficción. ¿Fue inevitable o solo una forma de vindicarme sin que nadie lo advirtiera? La duda regurgita mientras confieso, mientras evoco la frase de mi compañero, y el paulatino despliegue de cuanto aconteció o he llegado a ser desde ese instante decisivo.

—Ha llegado el momento de hacer *algo* —me dijo.

—¿A qué te refieres?

—Algo gordo, Fernando, algo gordo —repitió.

—¿De qué estás hablando?

—La caja fuerte. Un atraco —contestó lacónico.

Con una sonrisa traté de restar gravedad a la propuesta. ¿O no era una propuesta?

—Un atraco —repetí.

Pero él debió de apreciar un tono de burla o guasa, algo más hiriente que mi disimulo, pues mudó el rostro; del compañero gracioso y vacilón con el que me encontraba a diario en las largas noches de vigilancia en el centro comercial, a otro de amenaza, o de reconvención al menos, al creer que no lo tomaba en serio. Jorge era simple: le gustaban las mujeres, el deporte y la cerveza. Esperaba respuestas simples. Me intrigaba cómo había logrado casarse con una mujer tan fina y cultivada, una mujer bonita que alegraba la vista a cualquiera. Desconcertado, siempre aprecié en esa relación, de la que por suerte no estuve nunca demasiado cerca, un hálito de desencaje, una desconexión tantas veces velada y otras no tanto que me magnetizaba en la misma magnitud que me disuadía. ¿De verdad me lo proponía? Borré de inmediato mi media sonrisa y tragué saliva al sentirme tan cerca del abismo.

Ante mi desconcierto, me contó que al llegar a casa la había encontrado terminando de arreglarse y que no había querido decirle con quién iba a salir.

—La mato, un día te juro que la mato.

Un escalofrío me recorrió el espinazo. Sus palabras, aplomadas, convencidas, sonaron con gravedad; las mías, atoradas en mi mente como barro en una presa, no encontraban el camino. Desenfundó la pistola. Estábamos en la cabina de control, cada uno en su silla, esperábamos la hora de la ronda, una más, la que tocase. Pero él ya no pensaba en la ronda, lo supe por su mirada perdida en un horizonte inexistente, por la respiración tranquila; concentrado como estaba en una idea que acariciaba con deleite. Su mirada de soslayo se encontró con la mía, nerviosa, que alternaba entre sus ojos y sus manos. Sonrió. Podría haberle preguntado si se estaba volviendo loco o haberme ido a mear y esperar a que, a la vuelta, todo hubiera sido una broma de mal gusto. Pero él se me adelantó y yo, víctima de mi silencio, me vi obligado a seguir escuchándolo y a guardar la compostura.

—La mato —volvió a decir—. Si está con otro la mato.

Constaté, ya sin duda, que hablaba en serio. Debía de encontrarse en uno de esos momentos en los que la mente no descarta ninguna opción. Me contó, muy afectado, que había llegado a casa, como de costumbre, tras salir del gimnasio, un par de horas antes de entrar al turno. Lo último que esperaba era encontrar a Isabel perfectamente arreglada. Le extrañó el fuerte olor a perfume, a diferencia de otros días no olía a frito, ni se oía de fondo el televisor. Después de dejar la bolsa de deporte, la vio en equilibrio sobre uno de los zapatos de tacón a la vez que trataba de colocarse el que le faltaba.

—¿Qué haces? —le había preguntado él con un tono inquisidor.

—¿No lo ves? Me estoy arreglando para salir.

—¿Adónde vas?

—Voy a salir, ya te lo he dicho.

—¿Y se puede saber adónde y con quién?

—¿Y se puede saber desde cuándo tengo que darte explicaciones?

—¡No me toques los cojones, Isabel!

Ella se encaminó al cuarto de baño y lo apartó con un pequeño ademán, como el que desestima o desprecia un ofrecimiento, un gesto mínimo, el que se le hace a un vendedor ambulante en plena calle.

—Con el dinero que tienes a tu alcance, y que me tengas así, como si fuera una cualquiera.

Y no es que lo tuviéramos a nuestro alcance exactamente, pero lo teníamos muy cerca en una inquebrantable caja de seguridad, dinero suficiente para contentar a una docena de Isabeles.

Jorge seguía ensimismado, oscilaba la cabeza muy lentamente, arriba y abajo, apenas con una ligera inclinación cíclica del mentón y repetía, cada vez con la voz más baja, casi en susurro: que me tengas así, como si fuera una cualquiera. Se fue quedando inmóvil, como uno de esos muñecos que cuelgan de un muelle y, al final, después de llevar un rato balanceándose, cesan paulatinamente y dejan al que los observa hipnotizado esperando a que se paren. Le di una palmada en la espalda y lo saqué de su estupor:

—¿Quieres un café? —le dije con ánimo renovador.

Él salió de su estado como el que sale del fondo de una piscina, sacudió caninamente el cráneo y se frotó la cara con las manos. Salimos en dirección a la máquina de café que había fuera de la sala de control, justo enfrente de la línea de cajas. El silencio era absoluto, a excepción del ronroneo constante de la máquina. Apartados del mundo, en el centro comercial de un gran polígono de una gran ciudad, dos hombres cansados y con cara de sueño se dirigían a una máquina de café. Estábamos allí para vigilar el dinero de otros. Para eso nos pagaban. Pero éramos nosotros mismos quienes valorábamos robarlo. Ya no dejaría de pensar en ello en toda la noche, ni al día siguiente, ni durante todo lo que quedaba de año, después de que mi compañero me dijera que su mujer había salido no sabía con quién y de que me hubiera confesado que la solución a sus problemas estaba a escasos metros, justo una planta por debajo de donde en aquellos momentos sacamos dos tazas de café aguado.

Tomamos el café en silencio y, justo antes de hacer la ronda, salimos a fumar, pese a que hacía frío y en el interior del recinto era donde mejor se estaba.

2. No sin riesgo

En la noche gélida, con un café sucio pero caliente entre las manos y un cigarrillo para reconfortar la espera, en un lugar apartado de una gran ciudad, uno se pregunta muchas cosas; por ejemplo, cómo perpetrar un atraco. Especialmente, si tu compañero está cavilando —y motivos no le faltaban—, en ser él mismo el supuesto ladrón. Porque aceptar que se podía hacer llevaba necesariamente a la gran pregunta: cómo. Y si ésta obtenía respuesta, seguramente cabría preguntarse las siguientes —aunque no sé si por este orden—: cuándo, y con quién, y con quién no, y por qué, y por qué no. Mi mente fue un hervidero las siguientes dos horas que pasamos en silencio, el uno al lado del otro, él con sus revistas subidas de tono, con mujeres jóvenes y hermosas que mostraban su cuerpo en poses y miradas estudiadas. En ocasiones me había preguntado cómo se debe de sentir un fotógrafo, o un técnico de iluminación, mientras trabaja y las está filmando. No creo que Jorge se preguntara jamás nada acerca de eso. Debía de creer, simplemente, que ellas están ahí, que sólo existen en el papel entre sus manos. Desde esa candidez, además de disfrutar del cuerpo de una mujer captado por un objetivo y luego impreso en un pedazo de papel satinado, podía seguir al lado de Isabel sin preguntarse por qué seguía con él. La mato, si está con otro la mato —me había dicho tan sólo un par de horas antes—. Porque si está con otro no está conmigo —debía de ser ese su razonamiento—. Al fin y al cabo, todos venimos al mundo dotados de una cierta lógica. Mientras él seguía mirando aquellas fotografías y el tiempo pasaba, yo seguía pensando en el *cómo*, que a fin de cuentas era lo más importante. No le dije nada, guardé silencio, la inquietud crecía en mi interior. No podría negar que en cierto modo lo esperaba. Algo gordo —había dicho—. Debí de estar mucho tiempo sumido en mis pensamientos, dándole vueltas a mi nuevo estado porque, al cabo de un rato, de un buen rato, me soltó:

—Te has quedado muy callado.

Me sorprendió la afirmación, más por el tono que por el contenido. Seguía pasando páginas de la revista de vivos y apetecibles colores, pendiente de las formas que se dibujaban. Me lo dijo en un tono demasiado equilibrado en contraste con el de hacía un rato. Además, no me preguntaba, sino que me hacía notar que me había quedado muy

callado, como si, en ese silencio, en ese ensimismamiento mío, concentrado como estaba en todos los planes que desarrollaría a partir de aquel día, él hubiera advertido un elemento propio de ser investigado. Asentí con un ligero movimiento de cabeza pero como él seguía entretenido en su revista y no había levantado la mirada, no pudo apreciar el gesto con el que le respondí, así que, dejó la revista y se volvió hacia mí:

—¿No?

No podía negar mi estado ni quería tampoco que trascendiera nada de lo que amasaba con el pensamiento. Deduzco que él notaba mi vacilación, en todo o solo una parte, no sé hasta qué punto, pues después de unos segundos en los que yo continué en silencio me dijo:

—Olvidalo, olvida lo que te he dicho antes.

Pero la memoria tiene sus propias leyes y paradójicamente tiende a conservar de una manera más fidedigna y accesible justo aquello que tratamos de olvidar. Bien sea por iniciativa propia o por prescripción o sugerencia de otro. Yo sabía que se refería a lo del golpe, pero me escudé en que eran muchas las cosas que me había dicho: su malestar, las dificultades que tenía con Isabel, que la mataría —si estaba con otro, claro— y que la solución a sus problemas estaba cada noche durmiendo en la caja de seguridad. Dado el repertorio, me hice el loco.

—¿A qué te refieres?

A él debió de sorprenderle la pregunta ya que se volvió hacia mí, esta vez con los ojos bien abiertos y la cara seria.

—Lo de antes, ya sabes.

—No, no sé a qué te refieres.

—Sí, hombre, a lo que te he dicho antes.

—No te preocupes, no creo que vayas a matar a Isabel. Tampoco creo que esté con otro.

—¡No me jodas, Fernando! Ya sabes que no voy a matar a nadie. No me refiero a eso. Me refiero a lo del golpe, ¡joder!

—No estaba pensando en eso. Supongo que lo has dicho por decir.

—Lo digo porque tú..., no sé, creo que tú, en fin, que... Tú ya me entiendes.

—Sí, claro que te entiendo.

Quería saber si lo había tomado en serio, yo podía ir con el chisme a los de la central, dejarlo caer como si tal cosa. En el fondo, no se fiaba de mí.

Volvió a la revista como el que vuelve a sentarse en una sala de espera, ahora ya sin prestar atención a los cuerpos esbeltos que tenía delante, pendiente de mí, aguardaba desde una fingida calma que, al final, fuese yo quien rompiese la intriga. Él esperaba que yo mostrase algún tipo de curiosidad, que tratase de saber más al respecto: cuántas veces lo había pensado antes, si lo había, o no, comentado con alguien más. Carraspeó en varias ocasiones sin que yo me inmutara lo más mínimo.

Durante mi silencio, que se prolongó por una hora más, él siguió ojeando la revista y yo leí uno de mis libros. Un tocho de esos que me ayudaban, sin mucho éxito hasta la fecha, a prepararme las oposiciones. Me había presentado a ellas en un par de convocatorias y había suspendido. En la última fue cuando me planteé buscarme un trabajo estable. Desde hacía dos años no se habían vuelto a convocar. Él, en algunas noches, había mirado mis libros con curiosidad medida y luego, después de evaluarlos con recelo, los devolvía a su sitio con desdén seguido de un gesto de autoprotección. Parecía que el contacto con los libros iba a producirle una urticaria. Lo repitió esta vez y yo le sonreí tratando de reírle la gracia, la misma de siempre:

—No sé cómo no se te seca el cerebro con toda esa mierda que te metes. Deberías olvidarte de eso y descansar la vista como yo —señaló con la vista una rubia estirada sobre una bala de paja que mostraba los pechos y parte del pubis en una foto a todo color.

—¿Sabes? —pregunté tratando de captar su atención—. Algún día aprobaré estas jodidas oposiciones y podré dejar de pasar las noches aquí.

Él soltó una carcajada histriónica, forzada, teatral, una risa-losa para sepultar mis ilusiones, aquellas que entonces ya había abandonado. A veces no es necesario nada más para desmoronar las ilusiones del otro.

—¿Cuántos años llevas con eso? —me preguntó, aunque en realidad ya lo sabía.

—¡Y los que me quedan!

Traté de seguir concentrado en mi lectura, pero Jorge siguió insistiendo.

—Mírate, te han tomado el pelo y no te has dado ni cuenta. No, de verdad, no lo digo por mosquearte, pero piensa un poco. Eres un tío licenciado, tienes carrera, una familia que te quiere, tienes padres, mujer, amigos... Parece que lo has hecho todo bien, ¿y dónde estás? ¿Me dejas que te lo diga?

En ese momento, ya había captado mi atención lo suficiente para que abandonase la lectura. Supe lo que le pasaba. Le jodía mi pasividad, mi falta de respuesta. Yo podría haberlo tranquilizado, podría haberle dicho: No te preocupes Jorge, qué más da, como si quieres cometer diez atracos. Habría bastado un comentario así, faltar de carga emocional, faltar de trascendencia. Una simple sonrisa acompañando al comentario y luego alguna apreciación obscena sobre cualquiera de las chicas que él hacía aparecer y desaparecer con un simple golpe de muñeca. O, todo lo contrario, una curiosidad creciente por lo que me había propuesto. Pero no podía soportar mi indiferencia. No podía soportar que me hubiera mostrado impasible. Volví a guardar silencio. No sé en qué momento tomé la decisión, o si esta ya me había tomado a mí desde hacía mucho tiempo, el caso fue que, antes de que continuase ya sabía qué le iba a decir. Él, embaldado, no se detuvo con la pulla:

—¿Quieres que te diga dónde estás? En el mismo puto lugar que estoy yo, sentado en la misma silla. Sí, yo, que no tengo carrera, ni estudios, ni nada de nada. Guardando el dinero de otros que seguramente sí tienen carrera. Otros que necesitan terneros jodidos para que ellos estén bien. Sí, macho, sí, en ese lugar estás. ¿Y qué haces mientras tanto? Prepararte unas oposiciones, unas putas oposiciones. Tienes treinta y dos años y sigues estudiando, ¿para qué? Para acabar en el mismo lugar donde estás y donde seguramente estarás el resto de tu vida.

Y en el fondo tenía razón. Él quería que yo saltase, que saliera de mi inmovilismo. Al fin y al cabo, me había hecho una propuesta. Pero me contuve. Lo cierto era que me había convertido en un pequeño contribuyente desilusionado. Me había pasado la vida estudiando, comportándome como un niño bueno, siguiendo mis cursos sin dejarme una sola asignatura. No puedo decir que fuese un estudiante excepcional, pero fui buen estudiante. Había llevado una vida ordinaria, sin molestar a nadie, siguiendo el camino marcado y sin meterme en problemas. Había estudiado en el instituto y me había echado una novia a la que metía mano los domingos por la tarde en el reservado de una discoteca —no sin sentimiento de culpa, por entonces todavía operaba cierta represión inconsciente sobre nuestra sexualidad— y la había dejado cuando pensé que el mundo me ofrecía más

opciones que una novia y un trabajo. Me matriculé en la Facultad de Filología porque siempre había amado las letras, pese a que hubo quien me advirtió de que cursara una carrera con más futuro, y aprobé mis asignaturas como buen estudiante. Durante mi época universitaria me corrí unas cuantas juergas con algunas chicas y cuando creía que el mundo me estaba esperando para comérmelo y que conseguiría un buen trabajo como profesor de universidad, y podría convertirme en un docente respetable rodeado de libros y de juventud y de comidas con tertulia, me encontré en el mundo real con un título debajo del brazo que no me serviría para nada, o para bien poco. Sin embargo, todavía me quedaban muchos años por delante —tenía por entonces veintitantos—, para demostrarle a todo el mundo que conseguiría lo que me había propuesto. Pero el mundo se encargó de demostrarme que a él no se le demuestra nada, que funciona a su manera, guste o no. Y me pasé los años posteriores a mi licenciatura entre becas y trabajos temporales, y novias que no eran novias, y esperanzas que se desvanecían, entre oposiciones que no aprobaba y concursos que no ganaba. Un día me dije que el tiempo de las esperanzas se había acabado y me casé con la que hoy es mi mujer, que me cuida y a la que cuido, y me busqué un trabajo. Al final, he acabado, sí, Jorge, sí, sentado de madrugada al lado de alguien que una noche acabó recordándome todo eso que yo ya sabía. Así que lo escuché con atención, como si todo eso que yo guardaba muy adentro se hubiese desbordado para llegarme desde la voz de otro. Lo escuché con esmero, conteniendo cualquier gesto hasta que acabó. Luego, guardé silencio una vez más hasta que me dijo, no sin riesgo:

—Bueno, ¿quieres hacerlo o no?

3. Lo intangible

Supongo que mi comportamiento a partir de aquella noche cambió, no en lo sustancial sino en lo accesorio, en los detalles, que son los que más informan. Digo esto porque mi mujer empezó a prestarme más atención, o una atención distinta. Debió de notar en mi ser, o en mi estar, o en mi hacer una mutación: acostumbrada a mis rutinas, se percató enseguida de que algo le ocultaba.

Al llegar a casa la encontré, como era habitual, desayunando antes de irse a trabajar. *Administrativa para el departamento de personal y recursos humanos* sonaba mucho mejor que *vigilante de seguridad*, mi ocupación no deja de vincularse con tareas de corte represivo, de poca responsabilidad y mucha gandulería; es la fama con la que contamos los que nos dedicamos a esto. Estaba sentada en el sofá, con la taza de café en una mano, un cigarro en la otra y los ojos clavados en el televisor. Debía de ser muy interesante lo que captaba su atención porque ni siquiera se levantó a darme el acostumbrado beso. El humo del cigarrillo ascendía con elegancia, como si sólo quemara en un punto exacto de toda la corona. Debía de llevar rato así, ya que la ceniza estaba a punto de caerse al suelo. Al verme, sonrió brevemente y dejó al descubierto por un instante los dientes, sus blancos y perfilados dientes; me miró apenas un instante al sonreírme, y volvió con premura a clavar los ojos en la pantalla mientras ladeaba la cabeza en claro signo de reprobación —la ceniza, sin remedio, se le cayó al suelo, pensaría que podría dedicarme atención más tarde— y también de incredulidad ante lo que estaba viendo. Interpreté su sonrisa como un simple espera un segundo, enseguida estoy por ti. Intrigado como estaba, miré hacia el aparato de forma instintiva para ver qué era lo que la tenía tan atenta a esas horas de la mañana.

El canal de noticias mostraba a los mismos soldados de la portada del periódico que yo ya había ojeado durante el trayecto de vuelta a casa. Solía leer las noticias en el metro, de pie y recostado contra las puertas, después de observar la habitual disputa por los asientos —la línea era larga, más de una hora en su totalidad desde su punto de inicio, y los vagones se llenaban gradualmente—. La pugna me resultaba siempre infantil, más propia de escolares que de adultos que se dirigían a sus trabajos.